

## Tierra, nuestra maestra

La liturgia de hoy nos dice algo tan sencillo y sumamente bello: somos tierra.

La tierra es silencio receptivo. La tierra es toda apertura. La tierra acoge la semilla, acoge el sol y la lluvia, el calor y el frío, acoge lo que viene sin nada elegir. La tierra abraza la vida desnuda, la vida tal y como es. No juzga. La tierra es pura hospitalidad.

La tierra custodia las raíces de las plantas y las nutre oculta y silenciosamente. La fuerza de la tierra está en gestar ocultamente. La tierra nutre y comunica vida en silencio.

La tierra es misterio. La tierra conoce a Dios, porque participa del misterio de su fecundidad en lo oculto del mundo. Semejante a Dios, la tierra es donación: su existencia es darse. Existe para que otros vivan.

La tierra es pura generosidad. Revolvemos la tierra cada año y ella está disponible para empezar un nuevo ciclo creativo. La tierra guarda una gran sabiduría: se deja hacer.

La tierra es maestra en la lentitud. Conoce el tiempo lento y los ciclos largos de gestación. La tierra no conoce la prisa. Y, por eso, la tierra es maestra en humanidad.

La tierra es sepulcro y, por eso, es metamorfosis: el grano que cae en tierra, al morir, da mucho fruto. Bajamos los cadáveres a la tierra con la esperanza de que la vida no cesa de transformarse y de ser fecunda. La tierra participa del misterio pascual. La tierra es vida.

¡Somos tierra y tenemos tanto para aprender con la tierra!

Somos tierra donde el sembrador, Cristo, siembra la semilla de su Palabra. El sembrador sale a sembrar en cada día, todos los días, a todas horas, esperando el trabajador de la última hora. Cristo no cesa de sembrar nuestra tierra, de generar vida, pues para Él en cada ser humano, en todos los seres humanos, hay rincones de fecundidad.

La Palabra está por doquier; ¡quien tiene oídos que oiga! Todo es Palabra de Dios si sabemos leer la vida: la alegría y la tristeza, la belleza y la fealdad, el amor y el desamor. La vida misma, cuando humildemente acogida como Palabra de Dios, como maestra, es como la lluvia, una llovizna continua, que

va empapando la tierra, que es nuestro corazón. Día tras día, poco a poco, si nos dejamos hacer, van cayendo nuestras resistencias, se van iluminando nuestros rincones más oscuros, se va alargando nuestra mirada compasiva... La vida se va afianzando, crece la esperanza, la llovizna se transforma en río, llevando vida a los lugares más inhóspitos de nuestro corazón y del mundo.

La Palabra bíblica, pero también los demás ecos de esta Palabra, que están presentes en la vida de los hermanos, en los acontecimientos, en un libro que nos llega al alma y nos cuestiona; esta Palabra, decía, cuando la escuchamos como la voz de nuestro Señor y Salvador, y nos dejamos llevar por esa voz, cuando la acogemos con confianza, cuando nos dejamos tocar por ella, y más, nos entregamos a ella y dejamos que se enraíce en nosotros, esta Palabra tiene la fuerza suficiente para levantarnos, para transfigurar una vida, para iluminar nuestros senderos más oscuros, para devolvernos la esperanza y la alegría, permitiéndonos hacer una real experiencia de amor.

¿Cuántas veces no hemos estado desilusionados, tristes, bloqueados en nuestros pensamientos negativos y una Palabra salida de la boca de Jesús tocó nuestra alma, no descentró de nosotros mismos y nos permitió ver más allá de nuestras mezquinas razones? Verificamos, una y otra vez, que no podemos salvarnos a nosotros mismos y que la humilde escucha del discípulo es el acceso más directo a la verdad y a la vida. Danos, Señor, la gracia de la escucha. Enséñanos a ser tierra dócil y receptiva, pues tu Palabra tiene un poder pascual, tiene la fuerza de la resurrección.

*Un día, en el lago de Genesaret, cuando Jesús acabó de hablar a la multitud, estando en la barca de Simón, le dijo: «Rema mar adentro, y echad vuestras redes para la pesca». Respondió Simón y dijo: «Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos recogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes». Y, puestos a la obra, hicieron una redada tan grande de peces que las redes comenzaban a reventarse. (Lc 5,4-6)*

Simón Pedro no se quedó atrapado en su experiencia de esterilidad que le decía que no merecía la pena volver a echar las redes; Simón Pedro confió en la Palabra de Jesús y por eso, y solo por eso, la pesca fue abundante. Aprendamos de Pedro: «Por tu Palabra, echaré las redes». *Por tu palabra – ¡este es el secreto!*

<http://www.monasteriodesobrado.org>